

Conviene tener un sitio adonde ir

Emmanuel Carrère

Conviene tener  
un sitio adonde ir

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Il est avantageux d'avoir où aller  
© P.O.L éditeur  
París, 2016

*Ilustración:* © lookatcia

*Primera edición: noviembre 2017*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3844-2

Depósito Legal: B. 23174-2017

Printed in Spain

Reinbook serveis gràfics, sl, Passeig Sanllehy, 23  
08213 Polinyà

## TRES CRÓNICAS DE SUCESOS

### 1. *«Me alegro de que mi madre esté viva»*

El 21 y 22 del pasado noviembre, un joven de veintiún años, Franck B., comparecía ante el tribunal penal de Melun por haber tratado de matar a Héléne R., su madre biológica. He aquí su historia.

Veinte años atrás, Héléne R. todavía no era una «madre biológica», sino solo una madre soltera, y estaba aterrada por lo que le sucedía. Había dado a luz sin haberse atrevido a contárselo a nadie, y había perdido su puesto de chica para todo y la habitación que acompañaba al empleo. Vagaba de un hogar a otro con su hijo pequeño, luego con él y una gran barriga y luego con sus dos hijos pequeños, dado que, como la repetición es lo propio del infortunio, Alexandre había nacido dos años después de Franck y de un padre también desconocido. Enclaustrada en el silencio, el miedo y la costumbre de los desaires, no sabía a quién dirigirse para obtener ayuda, ni qué clase de ayuda deseaba exactamente. La DASS (Dirección de Asuntos Sanitarios y Sociales), a la cual se recurre en un caso semejante, tampoco sabía muy bien si era mejor ayudarla a cuidar de sus hijos o a librarse de ellos.

Sin duda habrían sufrido menos si hubieran sido abandonados de una vez por todas en lugar de ir yendo y viniendo de

niñeras negligentes a familias provisionales, pero su madre no lograba decidirse por la separación definitiva. Dudaba, volvía a buscarlos justo antes de la fecha límite, de modo que el abandono, consumado finalmente en 1974, se escalonó a lo largo de cinco años. Hoy dice que firmó el funesto papel sin entender lo que hacía. También dice que, incluso tras haberlo firmado, esperaba volver a ver a sus hijos, y que hizo un trámite en la DASS a este respecto. Pero esta vez era demasiado tarde: los habían adoptado.

A Hélène solo le quedaba llorar todas las noches, callarse como se había callado siempre, y para consolarse, y también para hacerse más daño, imaginaba que sus hijos, en algún lugar de Francia, vivían en casa de gente «bien», que los quería y a la que querían.

En esto no se equivocaba. Los B. eran sin duda gente bien: habían adoptado juntos a Franck y Alexandre, al que rebautizaron Alain porque, a diferencia de su hermano, era lo bastante pequeño para no acordarse de su nombre.

Todos los padres, desde el día en que se convierten en tales, descubren maravillados un miedo que ya nunca los abandonará, y es inevitable que este temor sea más fuerte aún en los padres adoptivos. Se intuye que los B. profesaron a sus hijos un amor inquieto, escrupuloso, que a la menor alerta temía no estar a la altura. Pues bien, las alertas llegaron y, tal como cabía esperar, procedían de Franck. Era un niño difícil, taciturno, rebelde. Los B. hicieron todo lo posible para comportarse como si Franck fuera verdaderamente su hijo y ejercer sobre él, sin mala conciencia, una sana autoridad. Pero a pesar de ello, o a causa de ello, el fracaso, tanto a la hora de moldear su carácter como en la escuela, se acentuó con el paso de los años, consternando al señor B. hasta el punto de que su mujer prefiriese ahorrarle el disgusto de enseñarle lo que había descubierto en la habitación de Franck y que debía más tarde, al pasar de mano en mano, dar escalofríos al jurado encargado de juzgarlo: una escuela, auténtica,

debidamente impresa, mediante la cual el señor y la señora B. y Alain anunciaban afligidos la muerte de su hijo y hermano Franck, sobrevenida en su decimoquinto año de edad. La fecha estaba en blanco.

Franck tenía entonces quince años. Dos años más tarde, la idea de buscar a su madre biológica se había abierto paso en sus ensoñaciones sombrías. Un niño que se considera incomprendido por sus padres siempre puede imaginar que no son los suyos, que los suyos son más guapos, más afectuosos, más todo. Esta fantasía es común y de ordinario no entraña consecuencias. El problema en el caso de un niño adoptado es que no solo se trata de una fantasía, y que una persona desconocida pero real ocupa en alguna parte en la realidad ese lugar hacia el cual tienden todos los deseos, y que no hay tentación mayor ni más desgarradora que la de encontrarla para saber cómo es, y arrojarle a la cara su amor o su odio, o ambos.

Franck lo esperaba todo de aquel reencuentro: la explicación de su historia, y por ende la libertad de vivirla. Parece ser que procedió de la manera más sencilla del mundo: se dirigió a la DASS, que le comunicó el nombre de su madre y le dijo que buscarse su dirección en Minitel. Digo «parece ser» porque este punto dio lugar a la única controversia de un juicio en el que nadie contestó los hechos: el abogado de Franck denunció la ligereza culpable de la DASS, el representante de esta última trató de eximirla, sin convencer ni de hecho interesar a mucha gente, puesto que es difícil creer que un reglamento que limitase los caprichos de la Esfinge o la obligase a recurrir a un psicólogo diplomado hubiera cambiado en lo más mínimo el destino de Edipo.

Total, que un hermoso día del mes de junio de 1988 sonó el teléfono en casa de Héléne R., en una vivienda de protección social del extrarradio de Melun. Su hijo Frédéric, de ocho años de edad, descolgó y le dijo al desconocido que realizaba la llamada que iba a buscar a su mamá.

Una semana más tarde, Héléne R. le abrió la puerta a Franck.

Era un joven alto y moreno, de una belleza sombría y retraída, que se esforzaba en parecer impenetrable. Hablaba como alguien que preferiría callarse, con una corrección extrema, con un afán de neutralidad casi pedante. Su voz recordaba la de un reloj parlante, su aspecto al de los jóvenes actores zombis de las películas de Robert Bresson. Evidentemente, Hélène R. no pensó en nada de todo esto: le bastaba con que aquel chico que tenía delante fuera su hijo perdido y que la hubiese encontrado.

La llamó señora, luego Hélène; no mamá. Le hizo preguntas. Sobre su padre, por supuesto, pero este capítulo no fue largo porque ella no sabía ni su nombre: era empleado ferroviario, estaba de paso, eso es todo. Sobre su vida, su oficio: trabajaba como asistente en un hospital. Sobre el niño, Frédéric: a él sí había podido quedárselo, la vida se había vuelto un poco menos difícil; de hecho luchaba por quedárselo, al haberse separado del hombre con el que lo había tenido y que quería quitárselo, y que no lo conseguiría, juraba ella. Franck oyó esto sin pestañear. Prefirió indagar acerca de un chichón que tenía en la frente desde muy pequeño, y por cuyo origen se había preguntado a menudo: ella le explicó que se había caído en casa de su tía, que lo cuidaba cuando tenía tres años.

Hélène contestó como pudo, y apenas hizo preguntas: la costumbre de sufrir atenúa la curiosidad en algunas personas; las cosas se toman como vienen y uno no se extraña, así son las cosas. Pero cuando Franck se marchó le dijo que si quería volver tenía la puerta abierta.

Volvió en otoño, por el cumpleaños de Frédéric, al que llevó un regalo: un reloj. Empezó a visitarla con bastante regularidad. Sus padres adoptivos no lo sabían: no hablaba del tema con ellos, ni tampoco con Alain. Hélène le había acondicionado un cuarto en su pequeño apartamento. Franck dormía en él de vez en cuando. El contraste social entre la casa burguesa de los B. y el mundo de su madre biológica, tan desprovisto de gracia, de inteligencia, de horizonte, de todo, parecía serle indi-

ferente. Excepto en lo que atañía a Frédéric, el cual le habría gustado que estuviera mejor educado: la idea de que su pequeño hermanastro emprendiese la vida con tantas privaciones le preocupaba sinceramente. Le quería, aún le quiere mucho: aprobaba que su madre luchase por quedárselo.

Este reencuentro, como cabe imaginar, no aportó a Franck las aclaraciones ni la liberación esperadas, sino todo lo contrario: aumentó su confusión. La doble vida, las idas y venidas clandestinas enseguida se le hicieron odiosas. Intentó librarse de ellas.

Huyó a Suecia, con la excusa de examinarse del bachillerato en el Liceo Francés de Estocolmo, pero volvió a los dos meses y se reanudó el movimiento pendular. A los B. les entristecían sus ausencias, sus cambios de humor. Hélène seguía acogiéndolo con su bondad sombría, plácida, empecinada, con aquella manera exasperante que tenía de encontrar natural una situación tan insoportable.

Él la soportó dos años, hasta el día de junio en que se presentó en su casa de improviso, como hacía a menudo. Pasó la tarde jugando con Frédéric, y por la noche fue a visitar a una pareja de amigos, con quienes charló y disputó hasta el alba una partida de Monopoly. A las once de la mañana pasó de nuevo por casa de Hélène, para darse una ducha y cambiarse, y después comió con ella. Durante el almuerzo madre e hijo intercambiaron algunas palabras anodinas, como era habitual en su relación. Ella fregó los platos. Le encontraba nervioso, tenso: jugaba con uno de los cuchillos de cocina que ella acababa de lavar. Hélène se fue al comedor, encendió la televisión y se sentó en el sofá para hojear la programación. Franck estaba de pie detrás de ella. A ella se le pasó por la cabeza, de ello se acuerda muy bien, que él iba a acercarse y que esperaba de ella un gesto de ternura, un mimo. Entonces sintió un pinchazo en la espalda. Luego otro, más fuerte, que de repente le dolió mucho.

Al darse cuenta de que su hijo le había clavado el cuchillo, se irguió gritando: «Franck, ¿qué te ocurre? ¡Estás loco!» Él res-

pondió: «Me has abandonado, me has destrozado la vida» (o «jodido», es la única divergencia entre sus respectivas versiones), y, mientras ella se derrumbaba al suelo, él se abalanzó sobre ella e intentó herirla en el cuello. Forcejeando, para protegerse con las manos del arma que la acuchillaba, gritó: «Franck, te quiero», y después: «¡Piensa en Frédéric!» Quizá el grito frenase el brazo de Franck, o quizá no, pero a partir de ese momento hay un vacío en el recuerdo de ambos.

Un poco más tarde sonó el teléfono. Franck se levantó, cubrió a su madre, a la que daba por muerta, con una colcha azul y fue a lavarse las manos, decidido a no contestar. El timbre enmudeció. Fue entonces cuando Hélène se movió, y con un quejido le rogó que pidiera ayuda. Él no sabía qué hacer. El teléfono sonó de nuevo. Contestó. Era la secretaria del otorrino, que llamaba para cambiar una cita que había concertado su madre. Franck no se percató de la ironía del asunto, de hecho la colcha que había extendido sobre la cara de su madre tapaba el cuello ensangrentado. Se limitó a decir lo que acababa de hacer y pidió que alguien acudiese cuanto antes. Temiendo que le entendieran mal, que lo tomasen por un loco o por un bromista de mal gusto, fue después a llamar a la puerta de la vecina de rellano. Tras informarla de la situación, bajó a la entrada del edificio, se sentó en los escalones delante de la puerta y esperó.

Según el policía que lo detuvo, Franck estaba inexpresivo, como ajeno a todo y físicamente exhausto. No le costó nada reconocer los hechos e insistió incluso en la premeditación. Cuando le preguntaron por qué había pedido auxilio si quería matar a su madre, dijo que al hacerlo había «actuado como un buen ciudadano». Después de lo cual, y durante cierto tiempo, no le pudieron sacar ni una palabra más.

Hélène llegó al hospital moribunda. La cuchillada que le había rasgado la faringe no le dejaba en principio ninguna posibilidad de salvación, y el experto que testificó en el juicio un

año y medio después hablaría sin titubeos de un milagro, pues había sobrevivido e incluso reanudado una vida normal.

Durante varios meses padeció una obsesión fóbica hacia su hijo. Todas las noches, antes de acostarse, inspeccionaba su piso de arriba abajo para asegurarse de que no había vuelto para re-matarla. Convencida de que volvería a las andadas si salía de la cárcel, se personó como acusación particular contra él.

Más adelante accedió a ir a visitarlo a la cárcel de Fleury-Mérogis. Regresó. Retiró su denuncia, consideró que ella era la única responsable de lo que había ocurrido y, en una carta al juez, expresó su deseo de que Franck saliese lo más pronto posible «para que por fin recobremos la paz».

En cuanto a las responsabilidades, en el juicio ambas partes reclamaron la suya, como si temiesen por encima de todo ser exonerados y quedarse por consiguiente excluidos de aquella extraña red amorosa. Cuando Héléne hubo hecho uso de sus pobres palabras para decir que todo, desde el principio, era culpa suya, el matrimonio B., para no ser menos, se autoinculpó de haber metido a Franck en un internado durante un año y de haber despertado de este modo el miedo a que le abandonasen. El interesado aseguró que no, contradijo asimismo al psiquiatra y de manera general rechazó todas las manos que se le tendieron para eximirle: sabía lo que hacía, llevaba varias semanas pensando que matar a su madre era la única escapatoria posible del callejón sin salida en el que se encontraba.

Hacia el final de los debates, dirigidos por un magistrado que de ordinario se declara severo pero que en este caso demostró un tacto y una humanidad ejemplares, preguntaron a Franck si se arrepentía de sus actos. Reflexionó antes de responder: «Me alegro de que mi madre esté viva.»

Una respuesta de una exactitud sobrecogedora. Franck B. necesitaba, para sobrevivir y convertirse en un hombre, matar a Héléne R., su madre biológica. Un milagro médico permitió que este asesinato se cometiera realmente, y que sin embargo

no se consumara. Pocas veces se concede una gracia semejante: sin duda un psicoanalista y un sacerdote coincidirían en considerarlo un milagro. A los miembros del jurado les correspondía completarlo realizando a su vez un milagro penal.

Al desestimar la absolución, que negando el crimen habría supuesto un insulto al acusado y comprometido su reinserción en la sociedad, el tribunal acató los argumentos de la fiscal. Resultó ser una joven madre adoptiva, que hizo de su alegato un testimonio personal y un discurso sumamente emotivo. La sentencia consistió en tres años de cárcel, dos de ellos condicionales. El parricida Franck B., declarado plenamente culpable de sus actos, abandonó el juzgado en libertad y quizá liberado.

Al salir le aguardaban dos familias que le amaban profundamente. Ahora tendrá que adaptarse a este hecho.

*L'Événement du jeudi*, enero de 1990

## *2. Resiliencia de una infanticida*

Aquella mañana, Marie-Christine se había levantado aún más triste que de costumbre. Terminaba su última baja laboral y tendría que volver a la oficina, y ella ya no soportaba la oficina. En otros tiempos sí: se sentía orgullosa de haber aprobado una oposición, de ser agente técnico en un ministerio en lugar de fregar, como su madre, las baldosas de las dependencias municipales. Pero el servicio se había informatizado dos años antes, coincidiendo con su baja por maternidad, y cuando se reincorporó, después del nacimiento de Guillaume, todo había empezado a torcerse, sus colegas habían empezado a burlarse a sus espaldas y los superiores a hostigarla, por lo que ella había empezado a coger bajas constantemente, lo cual dificultaba cada vez más el regreso. Esta vez no podría. Prefería morir.